

DIVULGACIÓN Y FALSIFICACIÓN EN LA NOVELA HISTÓRICA: EL CASO "ÁRABE"

Serafín Fanjul

(Universidad Autónoma de Madrid)

Una revisión somera de los catálogos de los escaparates y mostradores de las librerías nos muestra la profusión abrumadora de novelas del subgénero narrativo denominado novela histórica; sin embargo, su misma omnipresencia quizá nos exime de realizar la incómoda labor de encuesta exhaustiva. La existencia de alguna editorial especializada sólo y exclusivamente en ella corrobora que el volumen de negocio (es decir, de montañas de papel vendido) permite su prosperidad y subsistencia. Tal fenómeno sociocultural parece merecer, pues, nuestra atención.

La función lúdica y el placer consiguiente aparecen relacionados con el dominio técnico, tanto al crear como al recibir (leer). El lector se procura una satisfacción abordando obras armónicas con sus propias experiencias, emociones, saberes, reconociendo y reconociéndose en el texto. De ahí el sumo grado de identificación y de placer cuando se superan las dificultades iniciales de un texto: el receptor entra en el juego y ve partes de sí mismo reflejadas en la narración. Por ello se incurre, de modo cada vez más descarnado, en el notable abuso expositivo de facilitar y abaratar intelectualmente la trama propuesta y el vehículo de expresión para no alejar compradores. Eso ante todo. El autor *lo cuenta todo*, sin dejar resquicios para la búsqueda: todo está digerido y aclaradito, según la tónica habitual en nuestro tiempo de considerar retrasados mentales a los lectores, explicitando detalles, comentando léxico y convirtiendo la construcción literaria en harina bien molida. Al colmo se llega con la inclusión de glosarios (dentro del idioma, como si no existiesen los diccionarios) o imáge-

nes, tan frecuente, denotando poca confianza en la fuerza y expresividad del texto y desvelando el intento editorial de obviar llamadas a la fantasía o la participación del receptor que toda obra debe pretender. El objetivo, nada enmascarado por otra parte, es conseguir un tipo medio de ciudadano —en este caso, de lector— pasivo, acrítico y fácil presa de la comercialidad dominante. Por añadidura, el arte por excelencia del siglo XX, el cine, que contribuyó a consolidar el concepto de género fijando todo un conjunto de determinadas convenciones temático-formales mediante la presencia de signos visuales y sonoros, ha coadyuvado a entenebrecer el discernimiento del espectador, pendiente ahora de una realidad imaginaria, ente de ficción puro, que superpone a la verdadera y a la cual prima y beneficia con un grado de credibilidad y atención mayor que al mundo auténtico que le rodea. La representación cinematográfica se convierte en realidad y ésta —la tangible— ha de acomodarse a la ficción, al menos en la mente de quien tales evocaciones hace: así se consuma el despropósito y se cierra el proceso alienador.

El esquema de los telefilmes o de la mayor parte del cine comercial, de veras repetitivo, se ha trasladado también a la literatura. El resultado es una producción paulatinamente más deleznable y encanallada cuyo objetivo es vender montañas de papel impreso. En España se publican 50.000 títulos anuales, de obras de todos los géneros y temáticas y no puede decirse que tal volumen —en verdad enorme— se corresponda con una envidiable floración literaria, un nuevo Siglo de Oro. Tal vez al contrario.

El primer problema planteado a quien aborda la escritura de una novela histórica es salvar el vano —con frecuencia, abismo— existente entre la cultura de su entorno inmediato y la de la época y la sociedad novelada. Se trata de dotar de credibilidad al texto, dentro de unos límites de seriedad y de la imprescindible garra que todo relato debe revestir para atrapar al lector. Un cometido ambivalente nada sencillo de cumplir. Bienvenida sea la divulgación histórica. Felicitemos al erudito que se acuerda del público de cultura media-baja y a la editorial correspondiente; pero exijamos también respeto en el envoltorio y el contenido del alfajor. Un caso paradigmático es el de Hugh Thomas, historiador hispanista que acomete en *Yo, Moctezuma*, mediante la ficción de unas declaraciones autobiográficas, un relato de historia novelada, atraído por el cataclismo social e ideológico que significa la conquista de México, tema que ya concitara con varia fortuna otros intentos similares: desde los más apreciables (László

Passuth o Madariaga) hasta otros menos dignos de tomar en serio (el *hamburguesa-Azteca* de G. Jennings). Con soltura, Thomas repasa los materiales que otros autores (Soustelle, Sejourné, Monjaras o Moreno), más convencionales o menos confiados en sus dotes literarias, nos ofrecieron en espléndidas obras sobre la vida cotidiana, el pensamiento y la religión de los aztecas, su organización política y social o las interrelaciones de la nobleza mexicana.

Aunque el género de la novela histórica no es un invento de Mika Waltari, el ejemplo de su éxito ha causado estragos infinitos, en bolsillos e ideas erróneas, porque no basta con ser un buen conocedor de los acontecimientos narrados (dentro de las lagunas e inevitables dubitaciones que toda historia conlleva), además es preciso convertir en creíbles los personajes historiados y —lo más difícil— sus mentalidades respectivas, aproximándolos simultáneamente al tiempo real que viven los lectores. En el caso de *Yo, Moctezuma*, pese a la triunfalista y comercial declaración de la contracubierta ("Cuya mentalidad, magníficamente reconstruida por el autor, retrata de un modo apasionante y vivísimo la época..."), el resultado queda muy lejos del propósito, si tal hubo, y el mismo Thomas —con más modestia o cautela— en una entrevista en TVE reconocía las dificultades del salto.

En la novela el desarrollo de los sucesos se presenta de modo correcto en términos generales y el autor sabe captar el valor dramático de su mercancía, sin embargo el intento hace agua por los cuatro costados en el vehículo expresivo (la lengua utilizada) y en no pocos anacronismos y extrapolaciones a ideas o conflictos de nuestros días que difícilmente pudo ni fantasear Moctezuma, por más peyote que le dieran: tal colocar en su boca la divertida y actualísima observación "¡es sevillano, ¿qué se puede esperar de él?, diría Malinche!", o "son vascos, gentes toscas y primitivas, en su opinión" y, por cierto, ¿de dónde saca H. Thomas, repitiéndolo varias veces, que todos los miembros, ni la mayoría, de la expedición de Narváez eran vascos? No se trata de negar las rivalidades entre los conquistadores de una u otra procedencia, sino de dudar de que el emperador azteca tuviese ni pajolera noción de qué cosa era un vasco o qué le diferenciaba de riojanos o burgaleses.

Al utilizar las palabras con desenfado induce subliminalmente al lector no especialista a forjarse imágenes más que equívocas. Así al hablar de papel, chocolates, uniformes, toma de posesión, colegas, libros, ojos *café*, unos incontro-

lados, complot, reclutas... Pero no hay sólo anacronismos léxicos: a cada paso saltan párrafos enteros que reflejan un pensamiento imposible de adjudicar a Moctezuma: desde preocuparse por “métodos humanos” de matar, o por el desgaste del cutis de los campesinos hasta “crear nuevos puestos de trabajo”. Etc.

El comentario de la obra de Thomas no es en modo alguno un ataque contra el autor o su libro, sino un camino para ilustrar y ejemplificar de manera concreta algo que vemos con profusión representado en infinidad de novelas históricas, un pastiche donde se mezclan sistemas de valores, ideologías y hasta formas de expresión lingüística de nuestra contemporaneidad con una superestructura de nombres exóticos y un cauce argumental que sigue, más a menos, el hilo de los sucesos históricos. Entre las motivaciones de los autores para acudir a tales vías de producción cabe señalar el designio deliberado de no presentar un texto con dificultades que exijan un esfuerzo al lector, sino un entretenimiento grato pero intrascendente; y la mera incapacidad, o desconocimiento de la época o los acontecimientos novelados, junto a notables dosis de osadía o desprecio por los lectores. El lector vendría así a admitir una ficción lejana, pero en la justa medida que no se le hiciera en exceso distante, pudiendo verse reflejado en la trama, no porque en ella se aborden inquietudes, emociones o anhelos universales comunes a todos los seres humanos, sino por habersele acercado la escena con medios espurios o de simple ignorancia del escritor. De tal guisa, la China de la dinastía Ming, la Etruria prerromana, o los taínos prehispánicos de Cuba serían —son, en muchos casos— intercambiables en reacciones, perspectivas vitales e incluso modismos lingüísticos, entre sí y con los habitantes actuales de Berlín, Madrid o Caracas.

El pretexto moruno excita al escritor romántico español, espoleado por sus arquetipos europeos, más que ningún otro, pues se trataba de competir con ellos en el supuesto marco geográfico y vital en que habrían acaecido los sucesos inspiradores de la ficción: no había Aixas, Zulemas o Zegríes franceses, ingleses o alemanes y éstos se veían forzados a echar mano de un pasado y unas tierras ajenos; por el contrario, entre tales adornos exóticos no hay tal vez ninguno más seductor para los románticos españoles que el orientalismo. En efecto, la acumulación de lugares y personajes remotos en tiempo y espacio iba acompañada del golpe psicológico del verismo de haber sido de *aquí* los protagonistas. Nada sorprenden más tarde las influencias en una cadena de autores posteriores como P. A. de Alarcón, S. Estébanez y hasta Galdós, deslumbrados en mayor o menor medida por aquel yacimiento aurífero.

La desafortunada coyunda de los arrebatos románticos con la búsqueda de pintoresquismos locales a manos de viajeros foráneos convierten a España, sobre todo a Andalucía, en campo de tiro para sus desvaríos, por mucho que chocaran con la realidad, pues bien sabido es que quien busca, siempre halla. Así, *El Solitario* trueca, como los románticos europeos, a España en un país oriental, sin procurar la apoyatura sociológica o histórica de sus afirmaciones.

Huelga recalcar que la reiterada idealización de los moros pretéritos no es parte suficiente para imitar a los de su tiempo, ni en Estébanez ni en otros escritores de la época como Alarcón. Éste representa un ejemplo paradigmático de la esquizofrenia maurófila que aqueja por motivos esteticistas, sentimentales o —lo que es peor— de oportunismo comercial o político, a algunos contemporáneos nuestros. La realidad cultural y social árabe camina por un lado y repugna al autor, así al darse de bruces con la sociedad marroquí en el *Diario de un testigo de la guerra de África*, pero su "morófilo espíritu" —dice de sí mismo— le induce a montar una y otra vez en la jaca del romanticismo coetáneo, de maurofilia a buena distancia, proclamando sin tregua concomitancias y semejanzas entre Marruecos y Andalucía que en la mayoría de los casos son puras coincidencias superficiales, debidas a fenómenos poligenéticos o al trasfondo mediterráneo común, cuando no a errores de apreciación por ignorancia; y el escritor acude con tesón a las fantasías no poco rutinarias bebidas en la literatura romántica del momento: odaliscas, tez bronceada, frescas penumbras, airosos caballeros barbados de albornoz y cimitarra.... Los verdaderos moros son —para él— los de los libros.

En nuestra opinión, el modo de abordar esa anchurosa parcela de nuestra historia permanece embarrancado en la misma fosa de prejuicios políticos, sin que, en especial desde la perspectiva de *izquierda*, se haya producido avance alguno en pro de una racionalización de los fenómenos históricos, en procura de una cierta y necesaria desmitificación que no divida el pasado en buenos y malos, sino que intente —y reconozca que sólo *intenta*, sin catecismos progres—conocer y comprender. *La izquierda* se sigue moviendo en un panorama poco informado al cantar con tintes sonrosados al islam de la Península Ibérica o a un mundo árabe del que, de hecho, sabe muy poco. Como lo hace Alarcón. Nuestro aguerrido cronista norteafricano quedaría perplejo, o incrédulo, caso de alcanzar a aclararle el auténtico origen (Mesoamérica) de esas plantas almerienses que él, como tantos escritores no muy enterados, estima morunas sin remedio:

“En cuanto al aspecto del paisaje, dijérase que habíamos entrado en territorio africano. Pitas e higueras chumbas mostraban sus feroces pencas en los barrancos expuestos al Mediodía.”¹

La falta de mejor información puede ser un atenuante al enjuiciar las extremosidades filomoriscas (sinceras o afectadas) de aquellos escritores, indulgencia que en modo alguno merecen nuestros contemporáneos, mixtificadores a ciencia y conciencia. Américo Castro abre la senda y por ella se precipita un aluvión de seguidores, peor que mejor informados:

mientras los españoles no se resignen a aceptar el hecho de haber sido como han sido, a percibir el latir de su pasado en su presente, y a rectificar heroica y serenamente lo nocivo de su pasado, las discusiones acerca de su futuro se basarán en vocablos y exclamaciones. La secular y falsa imagen del pasado...²

Así pues, a las ensoñaciones y, en el fondo, inofensivas fantasías de los romances moriscos, o las desmelenadas narraciones del XIX se agrega en nuestros días el purgatorio por un pasado en el que no intervinimos y cuya imagen, naturalmente, pretenden monopolizar los profetas de la nueva religión. No se incita a estudiar más, a reflexionar, a saber más: no, se trata sólo de “resignarse”, aceptar “lo nocivo” y desterrar la “falsa imagen” que hemos mamado. Es decir, purgar pecados como emocionarnos en las iglesias románicas, divertirnos leyendo a Quevedo o sugerir que la unificación político-religiosa del estado absolutista nos libró —y nos sigue librando— de horripilantes conflictos interiores que otros padecen. Y como la realidad no gusta se pretende cambiarla, o al menos negar su existencia. A. Castro, precursor inconsciente de *lo políticamente correcto*, da cancha a nuevas distorsiones en autores contemporáneos vivos, como A. Gala y J. Goytisolo. Y aunque la propuesta de fondo de Goytisolo (la rearabización de España) pueda valer como juego literario, brillantemente desarrollado en su *Reivindicación del conde don Julián*, sus disloques maurófilos poco tienen que ver, fuera de su ombligo, con la historia a nuestro alcance (sin falsificaciones pro o antiárabes) o con la sociedad visible en Andalucía: no digamos de Asturias, Galicia o León.

No nos interesa entrar a discutir la flojera literaria del *Manuscrito carmesí* por no concernir a estas páginas, aunque debamos tenerlo en cuenta como telón

-
1. P. A. de Alarcón, *Últimos escritos*, pág. 25.
 2. A. Castro, *La realidad histórica de España*, pág. 29.
 3. A. Gala, *El manuscrito carmesí*, Barcelona, Planeta, 1990.

de fondo revelador de la solidez de la obra, con su Granada de los Picapiedra, al abordar el contenido temático-ideológico, que discurre por una doble vía: la falsificación histórica de al-Andalus —a remolque de los gozosos ensueños de Gala— y de nuestra Edad Media en general; y la exaltación de "los andaluces", el ser andaluz, las *esencias* de Andalucía, que trascienden a la historia, la sociedad tangible, el tiempo. A. Gala oficia de andaluz de profesión y, por tanto, a la Granada monocultural, monolingüe y de ninguna tolerancia religiosa del siglo XV la transmuta en el lugar común, tan frecuentado en la actualidad, del crisol de moros, judíos y cristianos (y de todas sus variantes posibles, incluidos los hispanorromanos e hispanogodos), llegando a la estupenda declaración en boca de Boabdil: "Todos somos aquí andaluces, que es bastante". Es grave el confusio-nismo que cuele de rondón en lectores de buena fe induciéndoles a creer en la existencia de una conciencia andalucista en al-Andalus, separada de la noción de pertenencia al mundo islámico y contrapuesta a "los cristianos", falacia impresentable donde las haya, pues enfrenta dos categorías no homogéneas: un concepto gentilicio de adscripción territorial a otro religioso de una vaguedad insuperable. Pero, como hay que nadar y guardar la ropa, se apunta a un andalucismo no estrictamente musulmán ni árabe, demasiado indigerible para cualquiera un poquito instruido. Y, a fin de cuentas, es menester convivir con los nacidos en Ciudad Real: "De ahí que sea mayor nuestra afinidad con los cristianos de la Península que con los musulmanes africanos". Es obvio que el autor está hablando del Boabdil-Gala cuya opinión en nada se asemeja a la de ningún musulmán de carne y hueso: sería bueno que A. Gala se hubiese molestado en consultar este punto de vista entre los fieles de esa confesión para conocer sus reacciones acerca de tal ruptura de la *umma*, la comunidad de creyentes, concepto decisivo por encima de etnias, lenguas, culturas y desde luego geografía. Para un musulmán es inadmisibles aceptar como más próximos a no mahometanos que a quienes lo son, en función de un criterio de cercanía física.

El autor desprecia las precisiones históricas, como si no pudiera construirse una ficción atractiva respetándolas —eso sí, con más esfuerzo—, pero además incurre en errores evitables (incluso dentro de los márgenes de sus insuficiencias) con sólo ejercitar la prudencia y moderar un poco su incontinencia verbal. Se apunta encantado a la majadera mixtificación histórica de I. Olagüe según la cual no hubo invasión islámica sino una integración espontánea de la Hispania romano-visigótica en el ámbito cultural árabe, por simple ósmosis. La repetición resumida de las boberías de Olagüe lleva al autor a deslizar nuevos

dislates como negar la existencia de referencias a caudillos anteriores a Abderrahman I ('Alqama, Yusuf al-Fihri, 'Abd ar-Rahman al-Gafiqi, los mismos Tariq b. Ziyad o Musa b. Nusayr, etc. no existieron pues). En líneas generales, se explota el desconocimiento del público lector español y, en algunos casos, la confusión de ciertos términos como al-Andalus/Andalucía, así Gonzalo Fernández de Córdoba se explica: "También yo soy andaluz. He nacido en Montilla; ya mis tatarabuelos fueron andaluces [...] Andalucía hace cientos de años que no es vuestra del todo". Más bien la situación sería la contraria: Andalucía era la cristiana (las actuales provincias de Huelva, Sevilla, Cádiz, Córdoba y la mayor parte de Jaén), mientras lo otro eran los restos de al-Andalus, porque esta palabra –y casi produce sonrojo tener que aclararlo por enésima vez– utilizada corrientemente por los historiadores, literatos y geógrafos árabes no significa "Andalucía" sino "la España musulmana" en general, ya estuvieran sus fronteras en el Duero (siglo X) o en Gibraltar (siglo XIV). Sin entrar ahora en el origen del término "al-Andalus" sí cumple dejar clara la distinción entre "Andalucía" y el "Reino de Granada", que perduró hasta el siglo XIX.

Y si el concepto de España, imbricada en un cierto sistema de valores en que nos identificamos, no cristaliza con claridad hasta el siglo XVI, la noción de Andalucía, tal como hay la concebimos y vivimos, no rebasa en antigüedad el siglo XVIII, volviendo quiméricas o falaces cuantas perspectivas inventoras se proyectan hacia el pasado. Podemos rebuscar en el baúl de los manuales de historia y proclamar que Indortes e Istolacio, Indíbil y Mandonio o Viriato eran españoles, como útiles orígenes de remotos mitos fundacionales, misma base con que reclutaríamos para tal hueste a Séneca, Marcial o Trajano; es decir, con el mero argumento geográfico, al dotar a *la tierra* de poderes metafísicos que insuflan a sus habitantes un carácter determinado, con independencia de los factores económicos, tecnológicos, religiosos, lingüísticos, culturales en general, y hasta de sucesos políticos concretos que rodean a la vida humana, ignorando el cambio constante de todos esos agentes. Tal concepto de identidad rígida y sacralizada no sólo desconoce las modificaciones del tiempo y de los movimientos sociales, también soslaya –por incómoda– la idea que de sí mismos y de su entorno tenían todos esos personajes, confundiendo la nostalgia esporádica, anecdótica y accidental del terruño (cuando se produce) con la *esencia* de cuanto ellos mismos se sentían y por lo que actuaban: el ser romanos.

De modo paralelo –y más categórico– se puede definir como grave falsificación histórica (en la que incurren por igual Américo Castro y Sánchez-Albornoz y sus gavillas respectivas) pretender que los musulmanes de al-Andalus eran españoles, sin responder a las notas definitorias de este grupo humano y simplemente por nacer en un espacio determinado. Puede argumentarse que esas notas no gustan, o que se deben cambiar (cuestión opinable) en una u otra dirección y en mayor o menor medida, forzando la historia o dejándola correr, pero nadie debería enojarse, mostrarse airado y hasta insultar a quienes creen –creemos–, en líneas generales, que las definiciones del diccionario suelen ajustarse bastante a la realidad: los andalusíes, antes que nada, se sabían –y comportaban en consecuencia– musulmanes, cualidad indeleble, primordial y determinante. En segundo término –y aunque el concepto político del arabismo sea recientísimo– los andalusíes se veían partícipes de un pasado árabe mítico con el cual rabiaban por entroncar dado el prestigio racial que implicaba: de ahí la pervivencia en avanzadísimos momentos de la historia de al-Andalus (siglos XII, XIII, XIV...) del prurito de búsqueda de antepasados árabes emigrados a la Península, con la consiguiente falsificación de linajes.

* * *

Abordamos a continuación el análisis de algunas novelas históricas especialmente significativas, empezando por una que, en el plano cronológico, vendría a cerrar nuestra Edad Media. *El último judío*⁴ de N. Gordon oscila entre la historia-hamburguesa y la novetelepizza. Si bien aligera la carga de las largas explicaciones históricas que aquejan a otros de estos libros, el contenido queda tan desleído e inocuo que resulta digerible para cualquier lector-comprador, objetivo de las ganancias editoriales. En nuestra opinión, no se deben complicar innecesariamente la construcción, la lengua y los artificios de estilo, pero al tender a abaratar y despojar de valor literario cualquiera de esos factores no sólo se está haciendo un flaco favor a la literatura, también se impide la mejora del nivel cultural y el gusto literario del lector que –creemos– ha de alcanzar áreas cada vez más profundas y sofisticadas en los distintos géneros, no a la inversa. Y si fomentar la lectura de tebeos y cuentos infantiles entre los niños es un buen

4. N. Gordon, *El último judío*, Madrid, 2000.

medio de iniciación, no parece conveniente confinar y condenar al adolescente y luego al adulto a permanecer en esos grados, divertidos y útiles en su momento pero elementales y nada enriquecedores a la larga para la personalidad y su perfeccionamiento paulatino como ser humano. Esta ¿novela? de N. Gordon reúne todas las características de la literatura de consumo: diálogos abundantes, ningún rigor en la ambientación histórica y social, inclusión de algún capítulo que justifique el escenario de época, como el inevitable del auto de fe, naturalmente no sólo injusto en origen —como eran todos los autos de fe— sino, por ende, equivocado en la víctima, pues se quema a un buen y sincero cristiano. Y tampoco faltan la considerable longitud de la obra (444 páginas) y que justifica el precio de solapa, ni el vocabulario hebraico salpicado, para “ambientar”, con su correspondiente glosario incorporado al final. Mal asunto es que el autor se aplique a explicar lo que dice y lo que quiere decir en realidad: por ese camino se acaban las llamadas a la fantasía del lector y su participación más ardua pero también más gratificante; por igual se esfuman los sobreentendidos, el disfrute de metáforas, de hallazgos lingüísticos y de todo intento de realizar y presentar una obra de arte, que es lo que a nuestro juicio debe ser una novela, o al menos pretenderlo. Pero el autor renuncia a toda búsqueda literaria y se lanza en el mejor estilo de las teleseries-basura a concatenar historietas de una notable insulsez. Según su propia declaración en el prólogo (tampoco aquí renuncia a explicarlo todo), a medida que iba fabricando el texto lo remitía a Barcelona para su traducción, tal como hacen los guionistas de teleseries, que ajustan los episodios a contingencias inmediatas, incluso de festividades, calendario o acontecimientos próximos.

Siguiendo una estructura de novela picaresca (por el personaje, la naturaleza de sucesos y el movimiento) va presentando una serie de situaciones y actores con el eje central del proscrito protagonista en su deambular por la España de fines del XV y principios del XVI. Pero ahí se queda su similitud con la picaresca española: es mucho más aburrida y está infinitamente peor escrita. Presenta menos errores que otras producciones de esta naturaleza, quizás por eludir los detalles y las precisiones (excepción hecha de rituales judíos), pero tampoco está exenta de patinazos delatores de un autor que cree suficiente poseer unos conocimientos superficiales sobre España y los españoles para meterse a pergeñar un texto. Tal vez para hacer lo que él ha hecho basten, pero en modo alguno para escribir una obra memorable. Así, en el siglo XV, un personaje reza novenas (pág. 32), cuando éstas comenzaron su existencia en el XVII; otro reci-

be el nombre de Paco (pág. 105), en ese mismo siglo, denotando (no sólo en ese nombre) que N. Gordon desconoce la onomástica hispana de la época; en otro pasaje "tres mujeres estaban pisando uva" (en Toledo, ¡en el mes de marzo!, pág. 48), etc. Aunque lo más grave, por la secuela ideológica y de falsificación nada inocente que deja, estriba en las cifras de hebreos muertos o convertidos en el curso de los *pogroms* de 1391: "Desde las matanzas del año 1391, en las que habían muerto nada menos que cincuenta mil judíos [...], centenares de miles habían aceptado a Cristo" (pág. 31), cuando sabemos (véanse al respecto las cifras del historiador judío I. Baer) que el monto de la población hebrea de España era mucho más modesto y *a fortiori*, el mismo Gordon tres páginas más adelante (¿olvidado ya de lo que escribiera tres atrás?) declara tan tranquilo: "la comunidad judía (en Toledo) era lo bastante reducida como para que todo el mundo supiera quién había abandonado la fe" (pág. 34). Estas contradicciones o distorsiones numéricas proliferan entre los autores más ideologizados, así León Feuchtwanger (*La judía de Toledo*⁵) refiere que en el siglo XII vivían en Toledo "más de veinte mil judíos y otros cinco mil fuera de sus muros" (pág. 63), pero no tiene empacho más adelante en afirmar "los cientos de miles de judíos de Toledo" (pág. 416). No parece ser una cuestión baladí, no ya por la seriedad que cabe exigir a un escritor cuyos textos leemos y pagamos, sino por la carga de propaganda política subliminal subyacente: a mayor número de hebreos, mayores habrían sido también el supuesto peso de esa "cultura" y la injusticia cometida con ellos.

Son características comunes a este tipo de literatura de consumo la utilización de tipos de letra grandes, el considerable grosor del papel y las vistosas y sólidas encuadernaciones que coadyuvan a: 1) Incrementar el número de páginas justificativas del precio; 2) Hacer más agradable la posesión a personas sensibles ante los aspectos externos y no tanto por los de contenido; 3) Facilitar el esfuerzo a otros no muy habituados a leer.

Y si bien en algún escritor, caso de N. Gordon, no se entra en mucho detalle para que el texto sea ligero en primer término, otros muchos parecen obstinados en reescribir —mal— una nueva historia de al-Andalus, por la que el didacticismo pintoresco, la acumulación abigarrada de datos y descripciones se vuelven de un volumen cargante, según la idea que del "Oriente" tiene el autor y tal

5. L. Feuchtwanger, *La judía de Toledo*, Madrid, Edaf, 1999.

Como vemos más arriba en el caso del *Manuscrito carmesí*. J. Greus⁶ lo explica todo, así por ej., un capítulo entero (el 5º) está dedicado a contarnos la historia de la conquista de Hispania por los musulmanes, con la consiguiente ruptura del discurso narrativo –por otra parte sumamente endeble– y desconociendo el ineludible equilibrio que debe existir entre ficción argumental y ambientación histórica; mismo abuso de continuo repetido al detallar el ceremonial de juramento ante el nuevo emir (pág. 45 y ss.), la Revuelta del Arrabal (pág. 42 y ss.), la liturgia de la oración (pág. 74 y ss.), la enumeración y descripción prolija de las puertas de Córdoba (pág. 36), las del gremio de artesanos o las aclaraciones sin cuento: “mozárabes, es decir arabizados –derivado de *mustaarab*: el que pide vivir como árabe–” (*Ziryab*, pág. 70). La minuciosidad para detallar los aspectos de ambientación resulta excesiva, como lo muestra el gran volumen de páginas a ella dedicada. Quizás por el prurito de evitar la acusación de poco cuidadoso con el entorno histórico y social cae el escritor en una hipertrofia de factores “de marco” que, en una novela, estimamos deben cuidarse pero en un plano secundario. Parece como si el autor quisiera demostrar sus conocimientos sobre el tema y en ese punto incurre en farragosidad y en errores de camisa de once varas.

Por fortuna, los arabistas no tenemos el monopolio de los temas árabes ni es nuestra misión extender certificados o licencias para entrar en esos predios, pero sí podemos y debemos emitir valoraciones sobre los trabajos de quien tal haga. Sobre todo por orientar al lector inocente y manipulable. Y es también una circunstancia muy repetida la multiplicación de equivocaciones leves, cuando no de barbaridades morrocotudas, al pretender adornarse el autor con plumas que no le corresponden:

1– En el terreno lingüístico

Dejando aparte los fallos imputables a los traductores –de tratarse de traducciones– que emplean una lengua de llegada que hace agua por todos lados (inadecuación del léxico a los giros actuales para describir el pasado, mal conocimiento de palabras españolas utilizadas, etc.)⁷, los intentos de vestir ropajes que vienen grandes al escritor producen:

6. J. Greus, *Ziryab. La prodigiosa historia del sultán andaluz y el cantor de Bagdad*, Madrid, 1987.

7. En *La judía de Toledo*, v.g., encontramos “romanza” por “romance” (pág. 177), “alfaquí?”

a) Uso de topónimos en forma actual coexistiendo con formas árabes o arabizadas según un criterio por completo arbitrario y asistemático, lo cual puede producir en lectores poco avezados confusiones graves⁸.

b) Errores conceptuales serios como “califa” por “emir” (*al-Gazal*⁹, págs. 13, 27); o hablar de “clérigo musulmán” (*al-Gazal*, pág. 13); o de “apariciones teatrales” (*al-Gazal*, pág. 25), expresión imposible porque la noción de teatro entre los árabes fue prácticamente desconocida hasta el siglo XIX; o usar *Azora* por “Parte de libro” (pág. 45): no creo que los musulmanes, de verlo, aplaudan, más bien pensarán que es una falta de respeto para el Corán; o situar un *subha* (rosario, pág. 73) en el siglo IX, o una *medersa* (*madrasa*, págs. 74, 553) en ese mismo siglo.

c) Alardes de conocimiento a base de vocabulario ár. por completo innecesario pues existe la traducción castellana. El objetivo, desde luego, es ambientar e impresionar –sospechamos– con exhibiciones baldías (*jimar* por “velo”, *al-Gazal*, pág. 15), bien de voces árabes transcritas o con el empleo de arabismos rebuscadísimos y hasta inventados, o mal copiados, por el autor¹⁰. Porque cuando alguien que no sabe ár. se limita a reproducir topónimos, onomástica o sustantivos ár. tal como los ve escritos, sus trabajos pueden –quizá– resultar incompletos pero difícilmente equivocados; ahora bien, si esa persona se aplica haciendo pinitos o fingir conocer lo que ignora, no sólo se detectan sus errores de inmediato, además el final es lamentable, un ciempiés paticorto y patilargo,

(?) del rey de Castilla (pág. 26); transcripciones árabes a través del alemán mal vertidas (*chatib* por *jatib*, pág. 39); nombres como Rodrigue, infinitas veces, por Rodrigo, etc.

8. En *Ziryab*, Qashtala (pág. 77) / Castilla (en la época, Bardulia); Chilikiyah (pág. 65) / Galicia; Zaracosta (pág. 63) / Zaragoza; Balansiya (pág. 63) / Valencia; Qurtuba (pág. 35) / Córdoba; Isbilia / Sevilla; Chesirat al-Jadra (pág. 33) / Isla Verde (en realidad, Algeciras), siendo estas transcripciones del ár. poco o nada sistemáticas, por añadidura.

Soslayamos abundar en errores en español que, a veces, resultan cómicos: “juramos y perjuramos por el mismísimo Profeta” (*al-Gazal*, pág. 16), dice el protagonista, enormidad inadmisibles para un muslim, si es que el autor sabe qué significa “perjurar” en nuestro idioma. También en esta novela “zarcillos” por “ajorcas”.

9. J. Maeso de la Torre, *Al-Gazal, el viajero de los dos Orientes*, Barcelona, Edhasa, 2000.

10. Moharrache por bufón (*Ziryab*, pág. 117); alborgas par alpargatas (*Ziryab*, pág. 117); alben-gala (*Ziryab*, pág. 67), viéndose obligado a explicar de seguida el significado para que le entiendan: “tela larga de turbante”.

A veces el autor inventa arabismos inexistentes en los diccionarios: azonaias (*Ziryab*, págs. 62 y 98; y *al-Gazal*, pág. 27); y alburma (*al-Gazal*, pág. 78) “donde cocía el agua”.

todo a un tiempo. Y aparecen: 1º Errores en transcripciones que denotan haber tomado los vocablos de textos en inglés o francés¹¹; 2º Errores en arabismos, como “azud”¹² en vez de “noria” (en realidad “azud” significa “presa”), o “alifafe”¹³ en vez de “almalafa” (en realidad “alifafe” es una enfermedad del ganado); 3º Empleo inadecuado de plurales ár. con sentido, en el contexto, de sing.¹⁴; 4º Errores diversos imputables a la ignorancia del autor¹⁵, de los cuales aquí sólo destacaremos dotar de artículo determinado al topónimo Qurtuba, que nunca lo tuvo, escribiendo al-Qurtuba (*al-Gazal*, pág. 571) e introducir una divertida barbaridad en la jaculatoria *la galiba illa Allah* que aparece (*al-Gazal*, pág. 38) en la forma *le galib ibn-Allah* y traducida como “Sólo Él es el vencedor”: lo peor no es que trabuque las palabras (*le* por *la* e *ibn* por *illa*) –tal vez por escribir de memoria–, sino que introduce un patinazo conceptual que no hará felices a los musulmanes que lo vean al hablar del “hijo de Dios” (*ibn Allah*).

2- En el terreno temático-conceptual

Las novelas históricas, en líneas generales, proporcionan la reconfirmación de lugares comunes, clichés y estereotipos ya establecidos pues, a causa de la flojera argumental y documental que suele aquejarlas, no hacen sino reforzar esos tópicos, vía fácil para no crearse conflictos con editores y público y que podrían empezar por dificultades para la publicación, caso de poner en tela de juicio las verdades oficiales admitidas, es decir “lo políticamente

11. *Az-zulaj* (*sic*) por “azulejo”, en ár. *zullay, zilliy* (*al-Gazal*, pág. 101). *Mahgrib* (*sic*) (*al-Gazal*, págs. 34 y 119): el autor lo reproduce de memoria a partir del francés *maghrib* al ignorar la innecesidad de la /h/, que coloca mal, en el paso al castellano. *Ja'far* (*al-Gazal*, pág. 89), transcribiendo la *yim* por jota española. En realidad: Ya'far.
12. *Al-Gazal*, pág. 176.
13. *Id. ibid.*, pág. 187.
14. “La esclava *qiyán* (*al-Gazal*, págs. 14, 87, 125, etc.); o *saqaliba* (*id. ibid.*, pág. 59), con el mismo uso equivocado que en el lenguaje periodístico se dice “el paparazzi” o “el fedayin”, etc.
15. Un personaje se llama Benu (*sic*) Hudair (*al-Gazal*, pág. 79); *Dejenet* (*sic*) por paraíso (*id. ibid.*, págs. 87, 544); *Qars* (*sic*) por palacio (*id. ibid.*, págs. 95, 549); *bagdalí* (*id. ibid.*, pág. 268); *Qasin* (*sic*) (*id. ibid.*, págs. 11, 23, etc.), suponemos que por Qasim; yumada al-Qula (*sic*) (*id. ibid.*, pág. 11); “mes de mudarán” (?) (*id. ibid.*, pág. 15); “el noble *beniatar*” (*id. ibid.*, pág. 18), ininteligible lo que quiere decir: ¿“beniatar” pretende ser un patronímico o un sustantivo? “Oración de *al-mugrib*” (*al-Gazal*, pág. 18) por *magrib* (puesta de sol), pues *mugrib* significa “extraño, sorprendente”.

correcto" de cada momento que, desde luego, cambian. Así pues, si difícilmente un escritor habría osado —caso de ocurrírsele— en el siglo XVII defender, en serio, a los piratas moriscos o norteafricanos porque chocaría de plano con la sociedad circundante, en la actualidad es poco imaginable que alguien corra el riesgo de presentar a la sociedad andalusí sin embellecer la ambientación (es decir, en términos más realistas y razonables que lo habitual), pues el pensamiento único dominante exige abundar una y otra vez en los carriles canonizados por editoriales, medios de comunicación y verdades indiscutibles admitidas por la sociedad. Es obvio que esas verdades oficiales varían con el tiempo en función de nuevas situaciones políticas, socioeconómicas y culturales, pero tales modificaciones no afectan a los hechos del pasado en sí, sino a la manera de abordarlos, comprenderlos y utilizarlos. Y si en las centurias XVI-XVII nadie se atrevería a romper una lanza a favor de los moros, en nuestra contemporaneidad es inusual que alguien se atreva a lo contrario. No ya porque la sociedad española se haya vuelto filoárabe, sino porque en los últimos treinta años se ha generado una imagen por entero edulcorada y victimista que ocupa toda la escena y por tanto raramente se discute en público, so pena —abrumadora en nuestros días— de ser acusado el infractor de racismo, intolerancia, xenofobia, etc.: ahí es nada. Y tenga o no tenga el acusado tales componentes ideológicos.

Por consiguiente, el subgénero histórico suele exhibir:

a) Tópicos.— En el caso que nos ocupa los tópicos sobre los árabes son continuos y nada benefician a éstos al insistir en las ideas que circulan sobre ellos, incluidas las positivas¹⁶ o ambiguas. Por supuesto, las ambientaciones estereotipadas de "oriental" se comen la acción y la difuminan hasta convertirla en una sucesión de estampas pintorescas¹⁷, cuando no rechinan por inexactitudes o falacias.

-
16. "En el más puro estilo árabe, con zalemas y palabrerías respetuosas, no exentas de dobleces" (*Ziryab*, pág. 61); "los sensuales andalusíes" (*Ziryab*, pág. 60); "hijo de Omeyas y, por tanto, un adicto a la sensualidad y a los placeres" (*Ziryab*, pág. 61).
17. La novela *Ziryab* comienza (pág. 21): "A través de la ventana, por encima de las azoteas vecinas, entreveía uno de tantos canales de Bagdad, la tarde caía con un celaje de púrpuras sobre las cúpulas y los alminares de las mezquitas. De lejos llegaba el canto melancólico de un almuédano llamando a la oración del sol poniente. Era un lamento largo y arrastrado, que recordaba a los hombres la infinita grandeza de Alah".

En la novelística "andalusí" (o sobre la España medieval) proliferan los estereotipos hispanos, a partir de la pretensión (mamada en Sánchez-Albornoz y A. Castro) de que aquellos habitantes de la Península eran "españoles" y, por descontado, iguales a nosotros en sentimientos, conductas, expectativas, ya por la continuidad *vital* desde Altamira hasta nuestros días (tal vez diría Sánchez-Albornoz), ya por la "impregnación" ideológica "semítica", en versión Castro¹⁸. Es decir, se adjudican a los habitantes de al-Andalus las virtudes y defectos convertidos mucho después en paradigma imaginario del "carácter español"¹⁹, con el añadido de la condición única y exclusiva en la historia islámica y humana de la sociedad andalusí²⁰.

Pero al otro lado de la frontera, el norteño, también le cae su dosis de tópicos, a base de imágenes forjadas *a posteriori* o sobre la sociedad del siglo XIX: "su pobre y severa Castilla"²¹, "en el bárbaro norte sólo se respetaba al guerrero"²². Porque no hay razones sólidas para suponer que "en el sur" los criterios básicos de comportamiento fueran distintos de los del "norte". Sin embargo, se extraen conclusiones de interpretación histórica que pretenden ser decisivas y, en realidad, se quedan en la reiteración de estereotipos construidos a toro pasado y desconociendo la totalidad del coetáneo entorno europeo, mediterráneo e islámico, como si los fenómenos de nuestra Península hubieran constituido casos excepcionales en todos los ámbitos: "Al guerrero religioso musulmán, que esperaba ganarse el paraíso en la "guerra santa" contra los infieles, los cristianos opusieron las órdenes caballerescas, los monjes guerreros, uno de los fenómenos más nefastos de la Edad Media. La tendencia a la intolerancia y la supremacía de la Iglesia y el Ejército, cargas que España ha seguido soportando hasta el presente, son herencia de aquella larga lucha que no terminó hasta 1492"²³. Presumimos esfuerzo baldío explicar al escritor que las etapas de endurecimien-

18. "...acogió al músico con hispana generosidad" (*Ziryab*, pág. 188); "los inquietos españoles" (*Ziryab*, pág. 111), considerando tales a los del Arrabal emigrados a Alejandría; "la dinastía española" (*Ziryab*, pág. 105).

19. "Acababan siempre por discutir, con esa pasión por hablar y discrepar a cualquier hora y de cualquier cosa que caracterizaba a los andalusíes" (*Ziryab*, pág. 62).

20. "También la cultura, la lengua y el carácter españoles influyeron en los inmigrantes musulmanes contribuyendo a la formación de ese fenómeno único dentro de la nación islámica que era al-Andalus, donde las mujeres gozaban de una libertad inusitada..." (*Ziryab*, pág. 70).

21. *La judía de Toledo*, pág. 22.

22. *Id. ibid.*, pág. 50.

23. Baer, Frank, *El puente de Alcántara*, pág. 706. Barcelona, Edhasa, 1991.

to social y refuerzo de la intolerancia religiosa en España corrieron parejas con la pérdida de peso y poder de las órdenes militares y que, por tanto, difícilmente éstas pudieron llegar a influir hasta el militarismo africanista del siglo XX (en el que, desde luego, está pensando), o incluso recordarle que la intransigencia de fe y culto en la España medieval y moderna fue bien acompañada por movimientos similares en Europa. Y no digamos en el norte de África.

b) Paradójicamente, una temática basada por definición en la perspectiva temporal, la ignora en su noción de cambio, sucesión y modificación de los fenómenos sociales. Así, errores cronológicos aparte, el tiempo ambiental está fijo, congelado en un momento ideal que el autor no acota ni define pero que ignora el decurso real de los acontecimientos, la evolución de hábitos y creencias. Y un período tan dilatado como la Edad Media (476-1454) se aborda de manera uniforme, como si los andalusíes del siglo IX fueran intercambiables con los del XV, por ej., (la norma implícita vale también para los cristianos), según un tiempo inmutable, endosándose al siglo IX sucesos, productos, ideas del XI, el XII o hasta el XIV o XV. Y viceversa. Y si en el terreno de la vida material esto es relativamente fácil de detectar, en aspectos abstractos, ideológicos, es mucho más dificultoso con lo que de modo inexorable terminan apareciendo los criterios y opiniones de la actualidad. Es bastante sencillo localizar (v.g. en la novela *Ziryab*) anacronismos como presentar a los personajes ingiriendo té de menta o hierbabuena en el siglo IX²⁴, situar en ese siglo las inevitables chumberas en Andalucía²⁵, o azulejos²⁶ o "cerámica vidriada de Valencia"²⁷, amén de kiwis²⁸ y buganvillas²⁹, o hablar en esos tiempos de "saudíes"³⁰, pero no lo es tanto percartarse de patinazos conceptuales (con su correspondiente carga ideológica) como afirmar: "Dada la indudable superioridad de la cultura aportada a la Península por

24. Págs. 72 y 112.

25. *Ziryab*, pág. 188. Entre otros productos difundidos en el norte de África por los moriscos a partir de España y traídos de América se cuentan el maíz, el tomate, los frijoles, el pimientito, el higo chumbo (*Opuntia ficus Indica*= *Figue de Berbérie* en francés= *al-hindi*, en ár.). Vid. art. de Latham "Contribución al estudio de la inmigración andalusí y su lugar en la Historia tunecina", en *Études sur les Moriscos andalous en Tunisie*, págs. 56-57, Madrid, 1973)

26. *Id. ibid.*, págs. 38, 94.

27. *Id. ibid.*, pág. 195.

28. *Id. ibid.*, pág. 62.

29. *Id. ibid.*, pág. 38.

30. *Id. ibid.*, pág. 35.

los musulmanes, los cristianos acabaron por arabizarse...³¹. Porque en la época elegida por el autor (primera mitad del siglo IX), la gran cultura árabe se hallaba en fase de formación y a al-Andalus apenas comenzaban a llegar algunos ilustrados orientales, vayan dos botones de muestra del panorama: la producción literaria local hasta dos siglos más tarde no presenta autores y obras de categoría universal (excepción hecha de Ibn 'Abd Rabbihi), mientras la pobreza técnica así como la ausencia de criterios estéticos propios en arquitectura induce a los constructores de las primeras fases de la mezquita de Córdoba a reutilizar columnas, basas, capiteles de edificaciones romanas, delatando una escandalosa incapacidad, en definitiva comprensible en descendientes cercanos de rudos montañeses norteafricanos o de beduinos árabes nómadas.

c) Una generalizada fantasía idealizadora.— No se trata sólo de inexactitudes³², de sugerencias difíciles de probar como insinuar, en el siglo XII, la presencia de cuentos de *Mil y Una Noches* en al-Andalus³³ o de afirmaciones inadmisibles imposibles de imaginar en sus enunciadores³⁴; las ficciones desmesuradas oscilan entre la ignorancia, la propaganda de grupo o la simple moda andalusista actual. Así por ej., la pretensión de dos judíos alemanes, autores de sendas obras (*El puente de Alcántara*, *La judía de Toledo*), de presentar el hebreo como una lengua viva en al-Andalus³⁵ —ficción inaceptable en el plano histórico— se corresponde bien con la explosión nacionalista-chovinista judía de los años 50, inmediatamente después de la creación del estado de Israel. Exageración notable cuando al irredentismo judío³⁶ se agrega una arrogancia

31. *Id. ibid.*, pág. 70.

32. V.g., denominar “cristianos árabes” a los mozárabes (*La judía de Toledo*, pág. 427).

33. *La judía de Toledo*, pág. 180.

34. “...en mi corazón siempre he considerado la fe de los hijos de Agar (el islam) un brote semi-verdadero de nuestra vieja fe”, dice Yehudá (*La judía de Toledo*, pág. 33), opinión impensable sobre el islam en una judía creyente de ningún tiempo.

35. “Don Jehudá mantuvo la conversación en hebreo, en un hebreo culto y muy escogido” (*La judía de Toledo*, pág. 32); “[Raquel] aprendió con facilidad y pronto pudo leer el Gran Libro” (*La judía de Toledo*, pág. 41); “la carta en la que él [el rey] escribía jubiloso en las tres lenguas de su reino” (*La judía de Toledo*, pág. 215), como si el hebreo fuera una lengua de uso general en la Castilla del siglo XII, o como si la minoría de judíos hubieran sabido habitarla; “los andaluces bilingües (los andaluces judíos cultos hablaban además el hebreo) poseían gracias a esto un cosmopolitismo raro aun en nuestros días” (*El puente de Alcántara*, pág. 712).

36. “Los oprimidos se convirtieron de pronto en los señores y los anteriores opresores en esclavos” [gracias a la conquista árabe] (*La judía de Toledo*, pág. 63).

que, con benevolencia, podemos calificar de propaganda desmedida: "–En todo lo que de grande hay en esta tierra de Sefarad, ya sea en el espíritu o en la piedra –dijo con gran convencimiento– han participado los judíos"³⁷.

Sin embargo, la mayor carga ideológica expresada a través de la imagen sublimada de al-Andalus se centra en torno a la civilización islámica, el imperio árabe, la exaltación mítica de la tierra andaluza (con frecuencia confundida con andalusí, como si fueran sinónimos): "Ochenta años después de la muerte de su profeta Mahoma los musulmanes ya habían construido un imperio [...] los nuevos señores trajeron consigo una rica cultura y convirtieron el país en el más hermoso, populoso y mejor organizado de Europa"³⁸, imponiéndose de nuevo el recordatorio de las matizaciones temporales antes señaladas; "las artes y las ciencias florecieron como nunca hasta entonces bajo ese cielo"³⁹, naturalmente si olvidamos los siete siglos de romanización; "...todo aquello había sido mucho más hermoso cuando todavía lo cuidaban los musulmanes"⁴⁰, con la subjetividad embellecedora envolviéndolo todo. Los tópicos idealizantes se deslizan por el tobogán de las vaguedades o por la insistencia en mitos hoy día insostenibles, tal el de la "libertad" de las mujeres de al-Andalus⁴¹; el del trato cariñoso a los esclavos⁴² (aunque la mera compra masiva de eunucos debiera inducir a ser algo más prudentes); la idea, basada en las primeras conquistas del islam, de que "jamás obligaban a convertirse al islamismo, pues confiaban en que muchos se convertirían por mera atracción..."⁴³; la absurda fe en que la totalidad de la población gozaba de unos grados de ilustración inigualable⁴⁴; la pretensión de

37. *Id. Ibid.*, pág. 64; también en pág. 14.

38. *Id. ibid.*, pág. 11.

39. *Id. ibid.*, pág. 12.

40. *Id. ibid.*, pág. 52.

41. *Id. ibid.*, pág. 52. *Vid.* al respecto el bien documentado y razonado *art.* de M. Marín, "Dos caras de un mito: las mujeres andalusíes", *Revista de Occidente* (Madrid), n° 224 (enero de 2000), pág. 79 y ss.

42. "En condiciones menos penosas [los esclavos] que bajo los visigodos [...] el esclavo disfrutaba en el mundo islámico de una posición muy diferente a la de otras culturas" (*Ziryab*, pág. 63). Aunque en la *fabricación* de eunucos europeos los judíos de Verdun y Lyon marchaban destacados, tan repugnante práctica se encaminaba al *mercado* andalusí y bien sabido es que sin mercado no hay producción.

43. *Ziryab*, pág. 70.

44. "No menos cierto era que, a diferencia de Europa, la enseñanza primaria se había difundido en la España musulmana hasta el extremo de que la mayor parte de la población sabía leer y escribir" (*Ziryab*, pág. 89).

“la estrecha convivencia de musulmanes, judíos y cristianos, de las culturas árabe, judía y occidental, sobre el suelo de la Península Ibérica”⁴⁵... Un conjunto de buenos deseos cuyo voluntarismo gravita sobre la confusión, buscada o fruto de la ignorancia, entre andaluces y andalusíes⁴⁶, sobre la irrealidad del presunto mestizaje tolerante⁴⁷ y sobre una imagen de coexistencia idílica entre las tres comunidades, forzando al tiempo el concepto de “español” para colar de rondón la idea de que unos españoles (los cristianos) perseguían a otros (los musulmanes), cuando los perseguidos históricos serían los primeros en no reconocerse como hispanos por detestar cuanto la España de la época era y representaba, aunque, en efecto, una parte del pasado de la Península Ibérica –no de “nuestro” pasado, porque éste depende del grupo humano a que pertenezcamos– fue marcada por la presencia islámica, dando lugar al híbrido sociocultural que –para entendernos– hemos dado en denominar “hispanoárabe”, aceptando una terminología convencional acuñada por el uso y fácilmente inteligible por el español culto medio. Lamentablemente, el balance de la novelística que de todo ello se ocupa, entre la fantasía y el victimismo, dista mucho de ser satisfactorio.

45. *El puente de Alcántara*, pág. 711.

46. *Id. ibid.*, pág. 710 y ss. F. Baer lo hace a sabiendas y hasta lo declara pese a conocer el error a que induce.

47. A las prohibiciones de los cristianos, hasta el siglo XV, se sumaban las de los moros en sentido contrario: *vid.* el diálogo entre un clérigo y el autor, referido por al-Hayari, en que el morisco refleja no sólo odio a los cristianos, también un afán proselitista notable (Ahmad Ibn Qasím al-Hajari, *Kitab nasir al-din 'ala l-qawm al-kafirin, Libro del defensor de la fe contra los infieles*, págs. 33-34 del texto ár., Ed. Van Koningsveld, Madrid, CSIC, 1997).